

CRÍMENES CASI INÉDITOS

Por Max AUB

NO SE PUDO DORMIR hasta acabar de leer aquella novela policíaca. La solución era tan absurda, tan contraria a la lógica que Roberto Muñoz se levantó. Salíó a la calle, fue hasta la esquina a esperar el regreso de Florentino Borrego, que se firmaba Archibald MacLeish —para mayor inri y muestra de su ignorancia—; lo mató a las primeras de cambio: entre la sexta y la séptima costilla.

Había jurado hacerlo con el próximo que volviera a pasarme un billete de lotería por la joroba.

La única duda que tuve fue a quién me cargaba: si al linotipista o al director. Escogí al segundo, por más sonado. Lo que va de una jota a un joto.

Cuando se emborrachaba lo rompía todo, a palos, dando vueltas. Aquella sopera era lo único que quedaba de mi mamá. ¡Que hubiese acabado con lo demás, pero no con la sopera, no! No fue con un picahielos, señor: con la plancha.

No, si yo me iba a suicidar. Pero se me encasquilló la pistola. Juro que la última bala era para mí. ¿Qué más daba que me llevara a unos cuantos por delante? Allí, desde la ventana, no se me escapaba uno. Me recordaba mis buenos tiempos de cazador.

¡Si era un pobre imbécil! ¿Qué valía de él? Su dinero, exclusivamente su dinero. Y ahí está. ¿Entonces?

¿Me van a acusar de haber matado a ese troglodita que acababa de liquidar a sus padres y a su abuela? Si hubiésemos sido veinte, ni quien dijera nada. ¿O no? ¿Es un crimen porque lo hice solo? No, señor, no.

Matar a Dios sobre todas las cosas, y acabar con el prójimo a como haya lugar, con tal de dejar el mundo como la palma de la mano. Me cogieron con la mano en la masa. En aquel campo de fútbol: ¡tantos idiotas bien acomodados! Y con la ametralladora, segando, segando, segando. ¡Qué lástima que no me dejaran acabar!

Me salpicó de arriba abajo. Eso, todavía, pase. Pero me mojé toditos los calcetines. Y eso no lo puedo consentir. Es algo que no resisto. Y, por una vez que un peatón mata a un desgraciado chofer, no vamos a poner el grito en el cielo.

Lo maté porque no pude acordarme cómo se llamaba. Usted no ha sido nunca jefe de Ceremonial, en funciones de Jefe. Y el Presidente a mi lado, y aquel tipo, en la fila, avanzando, avanzando...

¡Me negó que le hubiera prestado aquel cuarto tomo...

Era bizco y yo creí que me miraba feo. ¡Y me miraba feo! A poco aquí a cualquier desgraciado muertito lo llaman cadáver...

¡Tanta historia! ¿Qué más daba ése que otro? ¿A poco Gayosso escoge su clientela?

De mí no se ríe nadie. Por lo menos ése ya no.

Yo no tengo voluntad. Ninguna. Me dejo influir por lo primero que veo. A mí me convencer en seguida. Basta que lo haga otro. Él mató a su mujer, yo a la mía. La culpa, del periódico que lo contó con tantos detalles.

En el preciso momento, bueno, un momentito antes, se le ocurrió decir:

—No te olvides de pasar por la tienda, ya debe de estar arreglado mi reloj.

Me dio tal rabia...

A mí me gusta mucho el cine. Yo llevo siempre a la hora exacta en que empieza la función. Me siento, me arrellano, me fijo, procuro no perder palabra, primero porque he pagado el precio de mi entrada, segundo porque me gusta mucho instruirme. No quiero que me molesten, por eso procuro sentarme en el centro de la fila, para que no pasen delante de mí. Y no resisto que hablen. ¡No lo resisto! Y aquella pareja se pasó "El Noticiero Universal" cuchicheando. Demostré comedidamente mi desagrado. Estuvieron más o menos callados durante la película de dibujos, que no era buena y que además yo había ya visto. (Es una cosa a la que no hay derecho, en un cine de estreno.) Volvieron a hablar durante el documental. Me volví airado, con lo que se callaron durante medio minuto, pero cuando empezó la película ya no hubo quién la aguantara. Yo estaba seguro de contar con la simpatía de los que estaban sentados a mi lado. Empecé a sisear. Entonces se volvieron todos contra mí. Era una injusticia flagrante. Me revolví contra los habladores y grité en voz alta:

—¡Van ustedes a callar de una vez!

Entonces aquel hombre me contestó una grosería. ¡A mí! Entonces saqué mi fierrito. A ése y los demás, para que aprendieran a callar.

Le olía el aliento. Ella misma dijo que no tenía remedio... Y como buen católico no creo en el divorcio.

Lo maté porque no tengo ninguna responsabilidad de cómo Dios me ha hecho. Y él no tenía derecho a no serlo.

¡Había empezado la lidia del primer toro! ¡Ya estaban los picadores en el ruedo! ¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo iba a ver torear a Armilla! ¡Los demás me tenían sin cuidado! ¡Aquel acomodador era un imbécil! ¿Es que uno va a ser responsable de la idiotéz de los demás? ¡A dónde íbamos a parar! Tenía el número veinticinco de la séptima fila y aquel asno con brazaletes me llevó al doscientos veinticinco. ¡Del otro lado de la plaza! La gente empezó a chillarme. ¿Dónde me iba a sentar si aquel desgraciado se había equivocado y la plaza estaba llena a reventar? Reclamé, intenté explicarme. Se quiso escabullir. La gente me insultaba. ¡Y oí la ovación! ¡Y no había visto el quite! ¡Yo no tengo la culpa!

Me dio tal rabia que lo tiré tendido abajo. ¿Que se fracturó la base del cráneo? ¡Qué tengo yo que ver con eso! ¡Si cada uno cumpliera con su obligación! Bastante castigo tengo con no haber visto la corrida.

¡Yo quería un hijo, señor! A la cuarta mujer, ¡ya está bien!

Fue por pura tozuda. No le costaba nada hacerlo. Pero que no, que no y que no. Ustedes no se pueden dar cuenta. Las hay así. Pero cuando menos haya, mejor.

Entró en aquel preciso momento. Había esperado la ocasión desde hacía un mes. Ya la tenía acorralada, ya estaba vencida, dispuesta a entregarse. Me besó. Y aquel sombrío imbécil, con su cara de idiota, su sonrisa de pan dulce, su facultad de meter la pata cada día, entró en la recámara, preguntando con su voz de falsete, creyendo hacer gracia:

—¿No hay nadie en la casa?

Para matarlo. El primer impulso es siempre el bueno.

Lo maté porque me dolía el estómago.

La verdad es que me porté mal con él. Me dejé llevar por un arrebató y lo insulté. Él tenía la razón, pero yo soy así.

No hubo más. Nos seguimos viendo, sin hablarnos. Pero, para mí, era muy molesto. Claro está que podía haberle pedido perdón, y todo hubiese seguido como antes. Pero yo no soy de esos. Él no me hacía caso: como si no existiera. Pero estaba ahí. Había que acabar. Lo dejé seco. No dijo ni ¡ay! Estoy seguro de que ni siquiera le dolió. Los dos hemos quedado tranquilos.

Me insultó, sin razón alguna. Así, porque se le subió la sangre a la cabeza. Estábamos jugando rommy, hizo una trampa, se lo advertí. Decidí no jugar más. Lo resintió como un bofetón. No nos volvimos a hablar. Él era el culpable. Lo malo es que teníamos que vernos a diario en la oficina. Yo esperaba que me pidiese perdón. Pero ¡ca!, no era de esos. Su presencia me molestaba cada vez más hasta que aquel día, le vacié la pistola. Ni modo.

Es que ustedes no son mujeres, y, además, no viajan en camión, sobre todo en el de "Circunvalación", o en el amarillo cochino de "Circuito Colonias", a la hora de la salida del trabajo. Y no saben lo que es que le metan a una mano. Que todos y cualquiera procuren aprovecharse de las apreturas para rozarla a una los muslos o las nalgas, haciéndose los desinteresados, mirando a otra parte, como si fuesen inocentes palomitas. Indecentes. Y una procura hurtarse a la presión y empuja hacia otro lado. Y ahí otro cerdo, con las manos en los bolsillos rozándola a una. ¡Qué asco! Pero ese tipo se pasó de la raya: dos días seguidos nos encontramos lado por lado. Yo no quería hacer un escándalo, porque me molestan, y son capaces de reírse de una. Por si acaso me lo volvía a encontrar me llevé un cuchillito, filoso, eso sí. Sólo quería pincharle. Pero entró como si fuese en manteca, puritita manteca de cerdo. Era otro, pero se lo merecía igual que aquél.